

Febrero de 2006



1

Lego blanco

—Rausch —dijo la voz del móvil de Hollis Henry—. *Nódulo*.

Ella se volvió hacia la lámpara de la mesita de noche, que iluminaba la lata vacía de Asahi Draft del Punto Rosa, y su PowerBook repleto de pegatinas, cerrado y dormido. Lo envidió.

—Hola, Philip.

Nódulo era su empresa actual, hasta el punto que podía considerarse como tal, y Philip Rausch, su editor. Habían tenido una conversación previa, la que la había hecho venir a L. A. e instalarse en el Mondrian, pero eso había tenido más que ver con su situación financiera que con ningún poder de persuasión por parte de él. Algo en su entonación del nombre de la revista, aquella letra cursiva audible, sugería una empresa de la que estaba segura de que se cansaría pronto.

Oyó el robot de Odile Richard chocar levemente contra algo, en la dirección del cuarto de baño.

—Aquí son las tres —dijo Rausch—. ¿La he despertado?

—No —mintió Hollis.

El robot de Odile estaba hecho de piezas de Lego, Lego blanco exclusivamente, con un número indeterminado de ruedas de plástico blanco con neumáticos negros debajo, y lo que ella suponía que eran baterías solares atornilladas a la espalda. Podía oírlo moverse con paciencia, aunque algo al azar, por el suelo alfombrado de la habitación. ¿Se podían comprar piezas de Lego sólo blancas? Parecía a sus anchas aquí, donde había montones de cosas blancas. Bonito contraste con las patas azul Egeo de la mesa.

—Están listos para mostrarle su mejor pieza —dijo Rausch.

—¿Cuándo?

—Ahora. Ella la está esperando en el hotel. El Standard.

Hollis conocía el Standard. Tenía alfombras de Astroturf azul real. Cada vez que iba allí le parecía que ella era lo más viejo del edificio. Tras el mostrador de recepción había una especie de terrarium gigantesco, donde a veces unas chicas en bikini étnicamente ambiguas yacían como si estuvieran tomando el sol, o estudiando grandes libros de texto profusamente ilustrados.

—¿Se ha encargado de la factura de aquí, Philip? Cuando lo comprobé, todavía estaba cargada a mi tarjeta.

—Ya se han hecho cargo.

Ella no lo creyó.

—¿Tenemos ya un plazo límite para el reportaje?

—No. —Rausch se mordió los labios en algún lugar de Londres que ella no quería molestarse en imaginar—. El lanzamiento se ha retrasado. A agosto.

Hollis aún tenía que conocer a alguien de *Nódulo*, o a alguna otra persona que escribiera para ellos. Una versión europea de *Wired*, parecía, aunque naturalmente nunca lo expresaban así. Dinero belga, vía Dublín, oficinas en Londres... o, si no se trataba de oficinas, al menos este Philip. Que hablaba como si tuviera diecisiete años. Diecisiete años y el sentido del humor extirpado quirúrgicamente.

—Hay tiempo de sobra —dijo ella, sin estar muy segura de lo que quería decir, pero pensando con cierto reparo en su cuenta bancaria.

—Ella la está esperando.

—Muy bien.

Hollis cerró los ojos y el teléfono.

¿Podías estar alojada en este hotel y seguir siendo considerada técnicamente una sin hogar?, se preguntó. Parecía que sí, decidió.

Permaneció tendida bajo la sábana blanca, escuchando el robot de la chica francesa chocar y chasquear y dar marcha atrás. Supuso que estaba programado como una de esas aspiradoras japonesas, para seguir chocando hasta que acababa el trabajo. Odile había dicho que recopilaba datos con una unidad GPS incorporada; Hollis supuso que eso hacía.

Se sentó, y la lujosa sábana de algodón resbaló hasta sus muslos. En el exterior, el viento encontró sus ventanas desde un nuevo ángulo. Tamborilearon de manera inquietante. Cualquier fenómeno meteorológico muy pronunciado, aquí la asustaba. Aparecería descrito en los periódicos del día siguiente, lo sabía, como una especie menor de terremoto. Quince minutos de lluvia y las zonas inferiores del centro de Beverly planchadas; peñascos del tamaño de casas que resbalaban majestuosamente por las colinas, hasta caer en cruces atestados. Ya había estado aquí antes.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, esperando no pisar al robot. Tanteó en busca del cordón que abría las pesadas cortinas blancas. Seis plantas más abajo, vio las palmeras de Sunset agitarse, como bailarines que imitaran los últimos estertores de una plaga de ciencia-ficción. Las tres y diez de la madrugada de un miércoles y ese viento parecía haber dejado completamente desierto el Strip.

No pienses, se aconsejó. No compruebes tu correo electrónico. Levántate y ve al cuarto de baño.

Quince minutos más tarde, tras haber hecho lo posible con todo aquello que nunca había estado bien del todo, bajó al vestíbulo en un ascensor Philippe Starck, decidida a prestar a sus detalles la menor atención posible. Una vez había leído un artículo sobre Starck que decía que el diseñador era dueño de una granja de ostras donde sólo se cultivaban ostras perfectamente cuadradas, en marcos de acero fabricados especialmente.

Las puertas se abrieron para revelar una extensión de madera clara. El ideal platónico de una pequeña alfombra oriental se proyectaba sobre una parte desde algún lugar superior, estilizados garabatos de luz que recordaban a garabatos ligeramente menos estilizados de lana teñida. Recordó que le habían dicho que la intención original era evitar ofender a Alá. La cruzó rápidamente, dirigiéndose a las puertas de entrada.

Al abrir una de ellas y salir al extraño calor en movimiento del viento, uno de los hombres de seguridad del Mondrian la miró, con una oreja con *bluetooth* bajo el rapado montículo de un corte de

pelo militar. Le preguntó algo, pero la pregunta fue engullida por una súbita ráfaga.

—No —dijo ella, suponiendo que le había preguntado si quería que le trajeran el coche, si lo tenía, o si quería un taxi. Vio que había un taxi, con el conductor reclinado tras el volante, posiblemente dormido, posiblemente soñando con los campos de Azerbaiyán. Pasó de largo, mientras una extraña exuberancia nacía en ella y el viento, tan salvaje y extrañamente aleatorio, recorría Sunset, procedente de Tower Records, como la vaharada trasera de algo que se esfuerza por despegar.

Le pareció oír al hombre de seguridad llamándola, pero entonces sus Adidas encontraron la acera del Sunset, un abstracto puntillista de chicles ennegrecidos. La monstruosidad estatuaría del Mondrian y sus puertas abiertas quedaron tras ella, y se subió la capucha. Sintió no tanto que se encaminaba en la dirección del Standard, sino que simplemente se alejaba.

El aire estaba lleno del seco y punzante detrito de las palmeras.

Estás loca, se dijo. Pero aquello parecía bien por el momento, aunque sabía que no era un lugar recomendable para una mujer, sobre todo si estaba sola. Ni para un peatón, a esta hora de la madrugada. Sin embargo este clima, este momento de anómalo clima de L. A., parecía haber barrido cualquier habitual sensación de amenaza. La calle estaba vacía como en ese momento de la película justo antes de la primera pisada de Godzilla. Las palmeras doblándose, el mismo aire estremecido, y Hollis, ahora con la capucha negra puesta, caminando con decisión. Hojas de periódico y folletos de clubes se arremolinaban en sus talones.

Un coche de policía pasó de largo, corriendo en dirección a Tower. Su conductor, encogido resueltamente tras el volante, no le prestó ninguna atención. Servir y proteger, recordó. El viento cambió de pronto echándole atrás la capucha y cambiándole instantáneamente el estilo del peinado. Cosa que le hacía falta de todas formas, se recordó.

Encontró a Odile Richard esperando bajo la blanca entrada cubierta y el cartel del Standard (colocado, por motivos sólo conoci-

dos por su diseñador, boca abajo). Odile seguía con el horario de París, pero Hollis se había ofrecido a aceptar esta reunión a horas intempestivas. Lo cual, evidentemente, era óptimo para ver este tipo de arte.

Junto a ella se encontraba un grueso joven latino de cabeza afeitada y Pendleton retro-étnico burdeos, las mangas recortadas por encima de los codos. Los fondillos sueltos de la camisa casi le llegaban a las rodillas de sus anchos chinos.

—Vote por Santa —dijo, sonriendo, mientras ella se les acercaba, alzando una taza plateada de Tecate. Había algo tatuado con letras Olde English muy negritas y ultraelaboradas en su antebrazo.

—¿Disculpe?

—À *votre santé* —corrigió Odile, frotándose la nariz con un pañuelo de papel arrugado. Odile era la francesa menos chic que Hollis recordaba haber conocido, aunque en un estilo *haute-pardilla* europea que la hacía moleestamente adorable. Llevaba una camiseta negra xxxl de alguna estrella prometidora muerta hacía mucho tiempo, calcetines de hombre marrones ribeteados de nilón con un brillo peculiarmente desagradable, y sandalias de plástico transparentes de color sirope de cereza.

—Alberto Corrales —dijo él.

—Alberto —respondió ella, permitiendo que su mano fuera absorbida por la mano de él, seca como la madera—. Hollis Henry.

—Toque de queda —dijo Alberto, la sonrisa cada vez más amplia.

Los fans son inevitables, pensó ella, sorprendida como siempre, y de repente igualmente inquieta.

—Esta suciedad, en el aire —protestó Odile—, es repugnante. Por favor, vamos a ver la obra.

—Muy bien —dijo Hollis, agradecida por la distracción.

—Por aquí —indicó Alberto, lanzando limpiamente su lata vacía a una papelería blanca Standard con pretensiones milanesas. El viento, advirtió Hollis, había muerto como siguiendo una indicación.

Miró al vestíbulo. El mostrador de recepción estaba desierto, el terrarium de chicas en bikini vacío y sin iluminar. Entonces siguió a

Alberto y a la irritablemente moqueante Odile hasta el coche de Alberto, un Volks Escarabajo clásico que brillaba bajo múltiples capas de laca baratas. Vio un volcán ardiendo con lava incandescente, latinas pechugonas con mini-taparrabos y tocados aztecas con plumas, los aros policromados de una serpiente alada. Alberto estaba en una especie de empanada étnico-cultural, decidió, a menos que los Volkswagen hubieran entrado en el panteón desde la última vez que ella miró.

Abrió la puerta del copiloto y sostuvo el asiento delantero mientras Odile pasaba a la parte de atrás. Donde ya parecía haber algún tipo de equipo. Entonces le indicó a Hollis que ocupara el asiento del copiloto, casi con una reverencia.

Ella parpadeó ante la semiótica sublimemente casual del salpicadero del viejo Volkswagen. El coche olía a algún ambientador étnico. También eso era parte del lenguaje, supuso, como la pintura, pero alguien como Alberto podría usar deliberadamente el ambientador equivocado.

Alberto salió a Sunset y ejecutó un esmerado giro de ciento ochenta grados. Volvieron en dirección al Mondrian, sobre el asfalto finamente cubierto por la desecada biomasa de las palmeras.

—Soy fan desde hace años —dijo Alberto.

—A Alberto le interesa la historia como espacio interiorizado —contribuyó Odile, demasiado cerca de la cabeza de Hollis—. Ve este espacio interiorizado como emergente del trauma. Siempre, del trauma.

—Trauma —repitió Hollis involuntariamente, mientras dejaban atrás el Punto Rosa—. Para en el Punto, Alberto, por favor. Necesito cigarrillos.

—Ollis —acusó Odile—, me dijiste que no eras fumadora.

—Acabo de empezar.

—Pero si ya estamos aquí —dijo Alberto, girando a la izquierda en Larrabee y aparcando.

—¿Dónde es aquí? —preguntó Hollis, entreabriendo la puerta y preparándose, tal vez, para correr.

Alberto parecía serio, pero no particularmente loco.

—Cogeré mi equipo. Me gustaría que vieras la obra, primero. Luego, si quieres, podemos discutir.

Se bajó del coche. Hollis también. Larrabee se inclinaba empinadamente, hacia los apartamentos iluminados de la ciudad, tanto que a ella le resultó incómodo estar de pie. Alberto ayudó a Odile a salir del asiento trasero. Se apoyó contra el Volks y cruzó los brazos sobre su camiseta.

—Tengo frío —se quejó Odile.

Y era verdad que ahora hacía más frío, advirtió Hollis, sin el cálido abrazo del viento. Contempló el feo hotel rosa que se alzaba sobre ellos, mientras Alberto, envuelto en su Pendleton, rebuscaba en la parte trasera del coche. Sacó una cascada caja de aluminio, cubierta de cinta adhesiva negra.

Un largo coche plateado pasó en silencio por Sunset, mientras ellas seguían a Alberto por la empinada acera.

—¿Qué hay ahí dentro, Alberto? ¿Qué vamos a ver? —preguntó Hollis cuando llegaron a la esquina. Él se arrodilló y abrió la caja. El interior estaba recubierto con bloques de gomaespuma. Sacó algo que al principio ella confundió con una máscara de soldador.

—Póntelo —le dijo, mientras se la entregaba.

Una cinta acolchada, con una especie de visor.

—¿Realidad virtual? —Hollis no oía mencionar en voz alta el término desde hacía años, pensó mientras lo pronunciaba.

—El hardware está algo obsoleto —dijo él—. Al menos el que puedo permitirme.

Sacó un portátil de la caja, lo abrió y lo conectó.

Hollis se puso el visor. Podía ver con él, aunque sólo tenuemente. Miró hacia la esquina de Clark y Sunset, y distinguió la marquesina del Whiskey. Alberto extendió una mano y con cuidado manipuló un cable a un lado del visor.

—Así —dijo, guiándola por la acera hasta una fachada baja, pintada de negro y sin ventanas. Ella entornó los ojos ante el cartel. The Viper Room.

—Ahora —dijo Alberto, y ella lo oyó pulsar el teclado del portátil. Algo tembló en su campo de visión—. Mira. Mira aquí.

Hollis se dio la vuelta, siguiendo su gesto, y vio un cuerpo delgado y moreno, boca abajo en la acera.

—Noche de Halloween, 1993 —dijo Odile.

Hollis se acercó al cadáver. Que no estaba allí. Pero estaba. Alberto la seguía con el portátil, protegiendo el cable. Le pareció que contenía la respiración. Ella hacía lo mismo.

El chico, muerto, parecía un pajarillo. Cuando se inclinó, reparó en la pequeña sombra que proyectaba el arco de su pómulo. Tenía el pelo muy oscuro. Llevaba pantalones oscuros de rayas finas y una camisa oscura.

—¿Quién? —preguntó, recuperando la respiración.

—River Phoenix —respondió Alberto en voz baja.

Ella alzó la mirada, hacia la marquesina del Whiskey, y luego volvió a mirar, asombrada por la fragilidad del cuello blanco.

—River Phoenix era rubio —dijo.

—Se había teñido el pelo —respondió Alberto—. Se lo tiñó para una película.



2

Hormigas en el agua

El viejo le recordaba a Tito a uno de esos carteles fantasma que se desvanecen en lo alto de los costados de edificios negros y sin ventanas, anunciando los nombres de productos a los que el tiempo ha vaciado de significado.

Si Tito viera uno de ellos anunciando las últimas, más recientes y terribles noticias, podría haber sabido que siempre había estado allí, desvaneciéndose, soportando cualquier inclemencia del tiempo, inadvertido hasta hoy, algo parecido a encontrarse con el viejo en Washington Square, junto a las mesas de ajedrez de hormigón, y pasarle con cuidado un iPod bajo un periódico doblado.

Cada vez que el viejo, inexpresivo y mirando hacia otra parte, se metía en el bolsillo otro iPod, Tito advertía el oro oscuro de su reloj de pulsera, su dial y sus manecillas casi perdidas tras la gastada esfera de plástico. El reloj de un muerto, como los que se ofrecen en cajas de puros abolladas en los mercadillos.

Sus ropas eran también las de un muerto, hechas con tejidos que Tito imaginaba exudando su propio frío, un frío distinto al del final de este irregular invierno neoyorquino. El frío del equipaje sin reclamar, de los pasillos de las cárceles, de las taquillas de acero atornilladas al metal desnudo.

Pero sin duda se trataba de un disfraz, el protocolo de la apariencia. El viejo no podía ser verdaderamente pobre y hacer negocios con los tíos de Tito. Como sentía una inmensa paciencia, y poder, Tito imaginaba que este viejo, por razones propias, se disfrazaba de procedente del pasado del bajo Manhattan.

Cada vez que el viejo recibía otro iPod, aceptándolo igual que un mono anciano y sagaz podría aceptar una pieza de fruta no par-



ticularmente interesante, Tito casi esperaba que rompiera su virginal carcasa blanca como una nuez, para extraer luego algo completamente peculiar, completamente extraño, terrible de algún modo en su contemporaneidad.

Y ahora, frente a una humeante sopa de pato, en la segunda planta de este restaurante que daba a Canal Street, Tito se sentía incapaz de explicarle esto a Alejandro, su primo. En su habitación, antes, había estado solapando sonidos, intentando expresar con música estos sentimientos que el viejo despertaba en él. Dudaba que alguna vez fuera a reproducir ese archivo para Alejandro.

Alejandro, a quien nunca le había interesado la música de Tito, lo miró ahora, la frente lisa entre una cabellera con la raya en medio que le llegaba hasta los hombros, no dijo nada, y cuidadosamente sirvió la sopa, primero en el cuenco de Tito, luego en el suyo propio. El mundo ante las ventanas del restaurante, más allá de las palabras en un cantonés de plástico rojo que ninguno de ellos sabía leer, era del color de una moneda de plata olvidada durante décadas en un cajón.

Alejandro actuaba al pie de la letra, con mucho talento, pero sumamente práctico. Por eso había sido elegido como aprendiz de la gris Juana, su tía, la maestra forjadora de la familia. Tito había arrastrado antiguas máquinas de escribir por las calles del centro para Alejandro, máquinas imposiblemente pesadas compradas en almacenes polvorientos más allá del río. Se había encargado de conseguir las cintas de tinta y la trementina que Alejandro usaba para limpiar la mayor parte de la tinta. Juana les había enseñado que su Cuba natal había sido un reino de papel, un laberinto burocrático de impresos, de copias por triplicado en papel de calco, un reino donde los iniciados podían navegar con confianza y precisión. Siempre precisión, en el caso de Juana, que había sido educada en los subsótanos pintados de blanco de un edificio cuyos pisos superiores permitían entrever el Kremlin.

—Ese viejo te asusta —dijo Alejandro.

Alejandro había aprendido de Juana mil trucos con papeles y adhesivos, marcas de agua y sellos, su magia en cuartos oscuros improvisados, y misterios más oscuros relacionados con los nombres

de niños muertos. Tito a veces había cargado, durante meses seguidos, con ajadas carteras repletas de fragmentos de las identidades que había generado el aprendizaje de Alejandro; la prolongada proximidad a su cuerpo eliminaba todo rastro de lo nuevo. Nunca había tocado las tarjetas y papeles doblados que el calor y el movimiento de su cuerpo envolvían de manera tan convincente. Alejandro, al sacarlas de sus envoltorios manchados de cuero de muertos, se ponía guantes quirúrgicos.

—No, no me asusta —dijo Tito, aunque en realidad no estaba seguro. El miedo era una parte del problema, pero no parecía temer al viejo.

—Tal vez él debería hacerlo, primo.

La fuerza de la magia de Juana se había desvanecido, Tito lo sabía, entre las nuevas tecnologías y el énfasis gubernamental cada vez mayor en la «seguridad», es decir, en el control. La familia ahora dependía menos de las habilidades de Juana, y obtenía la mayor parte de sus documentos (suponía Tito) de otras fuentes, más acordes con las necesidades actuales. Sabía que no había que preocuparse por Alejandro. A los treinta, ocho años mayor que Tito, consideraba la vida en la familia como una bendición mixta en el mejor de los casos. Los dibujos que Tito había visto, pegados a las ventanas del apartamento de Alejandro para ajarse al sol, eran una parte de esto. Alejandro dibujaba de una forma maravillosa, al parecer en cualquier estilo, y había entre ellos un entendimiento, nunca expresado, de que Alejandro había empezado a llevar las sutilezas de la magia de Juana al centro de la ciudad, a un mundo de galerías y coleccionistas.

—Carlito. —Alejandro mencionaba ahora a un tío, pasándole con cuidado a Tito un cuenco de porcelana blanca de cálido y gracioso olor—. ¿Qué te ha dicho Carlito de él?

—Que habla ruso. —Ellos hablaban en español—. Que si se dirige a mí en ruso, puedo responderle en ruso.

Alejandro alzó una ceja.

—Y que conoció a nuestro abuelo, en La Habana.

Alejandro frunció el ceño, la cuchara de porcelana blanca detenida sobre la sopa.

—¿Un americano?

Tito asintió.

—Los únicos americanos que nuestro abuelo conoció en La Habana eran de la CIA —dijo Alejandro, en voz más baja ahora, aunque en el restaurante no había nadie más que el camarero, que leía un semanario chino en su taburete tras el mostrador.

Tito recordaba haber ido con su madre al cementerio chino tras la Calle 23, poco después de haber venido a Nueva York. Cogieron algo de un osario de allí, una de esas pequeñas casas de huesos, y Tito lo entregó en otra parte, orgulloso de su habilidad comercial. Y en el apestoso cuarto de baño tras un restaurante del Malecón había hojeado los papeles, en su sobre mohoso de tela vulcanizada. No tenía ni idea de lo que podría haber sido, pero sabía que estaba escrito en un inglés que apenas sabía leer.

Nunca le había contado esto a nadie, y no se lo contó ahora a Alejandro.

Tenía mucho frío en los pies, a pesar de las botas negras Red Wing. Se imaginó a sí mismo introduciéndose lujosamente en un baño japonés de esa misma sopa de pato.

—Es como los hombres que hacían cola en las tiendas de hardware de esta calle —le dijo a Alejandro—. Viejos con trajes viejos, sin nada más que hacer.

Las tiendas de hardware de Canal habían desaparecido ahora, sustituidas por tiendas de móviles y de Prada falsificados.

—Si le dijeras a Carlito que has visto la misma furgoneta dos veces, o incluso la misma mujer —le dijo Alejandro a la humeante superficie de su sopa—, enviaría a otro. El protocolo lo exige.

Su abuelo, el autor de ese protocolo, también había desaparecido ya, como aquellos viejos de Canal Street. Sus cenizas, completamente legales, habían sido arrojadas, una fría mañana de abril, desde el ferry de Staten Island, mientras los tíos protegían los puros rituales contra el viento y los rateros habituales del barco se quedaban atrás, apartados de lo que adecuadamente percibían como un acto privado.

—No ha pasado nada —dijo Tito—. Nada que indique ningún interés.

—Si alguien nos paga para pasarle contrabando a ese hombre, y por la naturaleza de nuestro negocio no pasamos nada más, entonces sin duda habrá alguien más interesado.

Tito sopesó la lógica de su primo, y la encontró razonable. Asintió.

—¿Conoces la expresión «búscate una vida», primo? —Alejandro había pasado a hablar inglés—. Todos necesitamos vidas, Tito, tarde o temprano, si queremos quedarnos aquí.

Tito no dijo nada.

—¿Cuántas entregas, hasta ahora?

—Cuatro.

—Demasiadas.

Comieron la sopa en silencio, oyendo el estrépito de los camiones sobre el metal, a lo largo de Canal.

Más tarde, ante el fregadero de su cuarto en Chinatown, Tito lavaba con Woolite sus calcetines de invierno. Los calcetines ya no resultaban tan extraños en sí mismos, pero su peso, mojados, todavía le sorprendía. Y de todas formas a veces tenía frío en los pies, a pesar de la gama de plantillas aislantes de la tienda de excedentes de Broadway.

Recordó el fregadero del apartamento de su madre en La Habana. La botella de plástico llena de la savia de henequén que usaba como detergente, el estropajo hecho con las ásperas fibras del interior de la misma planta, y una latita de carbón vegetal. Recordó las diminutas hormigas que correteaban por el borde del fregadero de su madre. En Nueva York, Alejandro señaló una vez que las hormigas se movían mucho más despacio.

Otro primo, recolocado de Nueva Orleans después de la inundación, decía haber visto una brillante bola de hormigas rojas en el agua. Parecía que era así como las hormigas evitaban ahogarse, y Tito, al oír la historia, pensó que su familia también era así, a flote en América, menos numerosa pero sosteniéndose unos a otros en la balsa invisible del negocio, el protocolo.

A veces veía las noticias en ruso, en la Emisora Rusa de América, en su pantalla de plasma Sony. Las voces de los presentadores habían empezado a adquirir una cualidad ensoñadora, submarina. Se preguntó si esto era lo que se sentía al empezar a perder un idioma.

Enrolló los calcetines, escurrió el agua y la espuma, vació y volvió a llenar el fregadero, los puso a enjuagar, y se secó las manos en una camiseta vieja que usaba como toalla.

La habitación era cuadrada, sin ventanas, con una única puerta de acero y paredes de cartón yeso pintadas de blanco. El alto techo era de hormigón. Tito a veces se tendía en el colchón, miraba hacia arriba y seguía los rastros de capas borradas de contrachapado, impresiones fósiles que databan de los salideros del piso de arriba. Sus vecinos de planta eran una fábrica donde mujeres coreanas cosían ropa para niños, y otra empresa más pequeña que tenía algo que ver con internet. Sus tíos eran los encargados del alquiler. Cuando necesitaban un sitio para hacer cierto tipo de negocios, Tito dormía a veces en casa de Alejandro, en el sofá de Ikea de su primo.

Su habitación tenía un fregadero y un lavabo, una cocina, un colchón, su ordenador, amplificador, altavoces, teclados, el televisor Sony, una plancha y una tabla de planchar. Su ropa colgaba de un viejo perchero de hierro con ruedas, rescatado de la acera en Crosby Street. Junto a uno de los altavoces había un pequeño jarrón azul de unos almacenes chinos de Canal, un objeto frágil que había dedicado en secreto a la diosa Ochún, a quien los católicos cubanos conocían como Nuestra Señora de la Caridad del Cobre.

Conectó el teclado Casio, añadió agua caliente a los calcetines en remojo, acercó al fregadero una silla plegable de director, y se subió a ella. Encaramado en la silla, alta e inestable, de los mismos grandes almacenes de Canal Street, se acomodó en el respaldo de lona negra y metió los pies en el agua. Con el Casio sobre los muslos, cerró los ojos y tocó las teclas, buscando un tono de plata pulida.

Si tocaba bien, llenaría el vacío de Ochún.